

(Abadía de S. Luis en Francia.)

LUCHAR CONTRA LA FORTUNA,

NOVELA EJEMPLAR.

I.

Los rayos de la luna slombraban las almenas del castillo de don Juan Ponce de Cabrera, fortaleza situada al pié de la sierra de Córdoba, y en una pradería cubierta de lozanas flores y frondosos álamos negros, que acariciaban en aquel instante las auras de la primavera. El silencio de la noche solo era interrumpido por el viento que entre las hojas de las ramas se movía, ó por el lejano galopar de un caballo.

A poco cesó este, y un hombre embozado se presentó en una plaza que formaban los álamos delante de un portillo de la fortaleza. El embozado caminó lentamente, como queriendo recordar el sitio tras de una larga ausencia, se paró luego, dió un gran suspiro, y dirigió sus pasos hácia el álamo mas robusto y lleno de verdes y frescas hojás. Se acercó á su tronco, buscó en él alguna cosa, y al punto encontró dos grandes letras ligadas: una L y una B.

—Gracias doy al cielo (dijo), que tras años sin cuento, y tras tantas desventuras he podido llegar á verte, árbol que escuchaste mis promesas y juramentos. Ya es llegado el instante del desempeño de mi palabra. Harto he sufrido para conseguirlo. Vuelvo á estos lugares tan desdichado como me ausenté de ellos; pero con la confianza de que la fortuna no habrá podido destruir lo único que me queda en el mundo: la fé en el amor de una doncella.

Y sacando el embozado una guirnalda de blancas rosas la ciñó al tronco del álamo, diciendo:

—Recibe, álamo testigo de mis amores, la memoria de mi lealtad;

y ojalá que dentro de poco tú y yo veamos la que debe consagrar á mi afecto en tu mismo tronco el hermoso dueño de mi vida.

Dijo el embozado, y un ruido que oyó hácia el portillo de la fortaleza, le obligó á volver el rostro para observar de dónde nacia. Entonces vió á la claridad de la luna que una muger se acercaba á la plaza de los álamos. Deseoso sin duda de enubrírse á los ojos de la dama, hasta ocasion mas oportuna, se escondió detrás del tronco de uno de aquellos.

La muger que venía á turbar los recuerdos amorosos del embozado, era doña Blanca, hija del ilustre caballero andaluz don Juan Ponce de Cabrera, señor de aquel castillo y su comarca, y de otros torreones situados en algunos lugares de las entrañas de la sierra. Iba vestida del color de su mismo nombre y con una guirnalda de modestos alhelios en las manos. Sus años no pasaban de los veinte, y sus ojos negros y rasgados y su color moreno, claramente demostraban que el sol de Andalucía alumbró su primera cuna.

Tímida como la corza, y anhelante como las flores cuando desean el agua de mayo, se acercaba al mismo álamo que recibió la prenda de amor del embozado y oculto caballero.

—Me mata la duda y el deseo (dijo): temo y anhelo el desengaño; y voy á morir de angustia si mi esperanza desaparece como la imájen del ave sobre las corrientes del rio. Si Lope ha perecido en la guerra con el moro, ó si gime entre cadenas, no habrá recibido ese frondoso álamo la memoria de su fé. Pero de cualquier modo deba recibir la mía, para que si alguno de los que por aquí pasaren, llega al lugar donde estuviere, libre ó cautivo, amante ó ingrato, pueda decirle: «Junto á la fortaleza de Ponce de Cabrera, vimos grabado en el tronco de un álamo tu nombre y el de Blanca, entre una guirnalda de tiernos alhelios.

Dijo, y se acercó al álamo para ponerla en su tronco, cuando vió la quimada de blancas rosas que antes había dejado el encubridor.

— ¡Oh Dios mío! exclamó: soy fea, pues Lope sin duda alguna ha venido.

En esto oyó el sonido de las cuerdas de un laúd muy cerca de sí, y una voz, que no en estos versos, sino en otros de aquel tiempo cantaba lo que sigue:

Si pasas por el mar ó por la fuente
paloma á quien esperó,
pregúntale si han visto en su corriente
la luz que yo más quiero.

— ¡Ah! esa es la voz de Lope, esa es su misma acento, dijo la doncella.

Y el del laúd continuó su cantar.

Mas si en el solo, monte, valle ó río,
tu vista nada alcanzá,
di á las rosas que aguarda el amor mío
el sol de su esperanza.

— El sol de tu esperanza ha llegado ya, Lope mío, prosiguió Blanca: vuela á mis brazos.

— Aquí estoy para vivir en ellos, si lo quieren mis desventuras, dijo Lope saliendo de entre los árboles, y dejando caer la capa que lo encubría.

— Habla, esposo mío, pues mi esposo habrá de ser (esclamó la doncella): depon el ceño que aun turba tu rostro; por tí he sufrido los rigores de dos años de ausencia en tanto que tú peleabas contra el moro en defensa de tu patria, y con codicia de riqueza que acompañen á lo ilustre de tu sangre. Vanidad de vanidades que si te idolatrásen, bastaría á entibiar mi cariño; y á mudar mi fe, si en mi fé cupieran dudas.

— La imagen tuya me ha acompañado en las batallas y en mi triste cautiverio (continuó el galán); unas veces me ha animado á grandes empresas, y otras me ha consolado en mis tribulaciones.

— Qué tribulaciones pueden acogerte, dueño mío (dijo Blanca), cuando vas á ser niño; pues tú lo anhelas y yo también, y mi padre en vez de oponerse á mi voluntad con sus duros consejos la esperanza que ha sustentado mi pobre espíritu en tu ausencia.

— Imposible es este matrimonio por ahora, prosiguió D. Lope de Herrera: soy noble cual tú; pero la fortuna, enemiga constante de mi familia, nos arrebató uno á uno los tesoros, sin que el valor del brazo ni la constancia pudiesen restaurarlos. Yo me he propuesto luchar con ella, aunque en todas las ocasiones ella triunfe de mí impidiéndome el conseguir la posesión de las riquezas que sólo ambiciono para que sirvan de trofeo á tus plantas.

— Me estremeció al escuchar tus razones (replicó Blanca): ha mas de dos años te ausentaste en demanda de esas riquezas que tanto anhelas y que yo desprecio. Ofendiste volver al cabo de ellas á mi lado, ya fueses rico, ya afligido de la pobreza, y en fe de tu promesa has puesto en el tronco de ese álamo que oyó tus pensamientos una quimada de blancas rosas, como símbolos de lo puro de tus afectos y de la modestia de tus ambiciones.

— No creas, Blanca (añadió el caballero), que dejaré de cumplir mi oferta aunque me cueste la vida. Pero te engañas al imaginar que es la codicia quien me arrastra á buscar los honores y las riquezas que buyen de mí. La idea de mis pensamientos y el deseo de acompañar á lo noble de mi linaje con la vana ostentación que se necesita para ser estimado del vulgo me arrastran á mayores empresas. Ambiciono honras y tesoros; pero adquiridos cual cumple adquirirlos á uno que se precia de honrado y de caballero. Mi sangre ilustra sin dignidad y sin riquezas está en opinión, y le juro, Blanca mía, que hasta que logre alcanzarla no seré mi esposa.

— ¿Qué dices, amor mío? (dijo la triste doncella ahogada). Cuando imaginé al estrecharte en mis brazos que la alegría me iba á arrebatarte la vida, ¿quieres que ahora la pierda contemplando la ceguera de tus ambiciones, que superan al afecto que has puesto en mí? ¡Ojalá que yo pudiera destruir la torre de los alivos pensamientos, y encender en tu pecho el dios que á los bienes de fortuna viene mi padre. Miralo allí contento con su suerte y con medianas riquezas. Desprecia á la fortuna con sus prosperidades, y la fortuna viene á ofrecérselas quizá por lo mismo que las aborrece. Tú las anhelas y buyen de tu presencia; las buscas en los campos de batalla por medio del valor y de la constancia, y en vez de un lauro para tu frente recibes cadenas para tus manos. Lejos de la corte y de sus bullicios, y triunfador de sí mismo y del orgullo, mora mi padre en esta soledad, desengañado de la fortuna; pero ella turba su reposo constantemente, y desea sacarlo de esta calma para convertirlo en su despojo quizá dentro de pocas horas. El rey mismo D. Alonso Onceno, con propósito de comer en la vecina tierra un venado, debe llegar á este

castillo con disfraz de un caballero cualquiera, y acompañado de dos de sus mas íntimos familiares. Su designio es llevar á mi padre á palacio y darle su privanza, por lo mismo que este la toma, como el injusto la hora de perder la vida. No te desvanexan las ambiciones, Lope mío: sigue mis consejos; sé vencedor de la fortuna; acata el ejemplo de mi padre, y así tal vez alcanzarás las mayores venturas en el instante de despreciarlas.

— No puedo menos que acceder á los persuasiones (añadió Lope), y te empeño mi palabra de que al nacer el día....

Un ruido lejano de caballos que se escuchaba en la pradera vino á turbar el coloquio de los amantes:

— ¡Adios, Lope (dijo la doncella); fuerza me es tomar al castillo: ignora qué gentes se acercan; quizá pertenezcan á la casa del rey; no debo quedarme en este sitio. Acuérdate de tus promesas, y olvida tus ambiciones.

No bien puso fin á estas palabras, dirigió sus pasos la hermosa Blanca al castillo. Quedó solo por un breve instante D. Lope, mirándola desaparecer y recordando la oferta que había hecho á la doncella.

— Mucho he prometido; pero el amor me esforzará á enjugar mis pensamientos.

— Está dijo para sí, y viendo que el galop de los caballos cesaba y que hacia la plaza de los álamos se dirigian á pie cuatro hombres, torció á esconderse para no ser conocido.

Los recién llegados eran gentes de armas, segun demostraban claramente los rayos de la luna que herian sus cascos y arreadas potas.

— ¿Un no ha venido, dijo uno mirando á todos partes en busca de algun objeto.

— ¿Debemos llamarlo en el castillo? preguntó otro.

— Nada de eso (replicó el primero); pues nos encargó que le esperásemos en este sitio, en este sitio le esperaremos. Ya poco puede tardar: el alba está vecina, y á la hora del nacer el sol ejecutaremos la empresa.

— Si, la ejecutaremos (añadió otro), con tal de que la persona de que hablamos sea quien nos asegure las vidas.

— Confíad en que saldremos bien de nuestro designio. La persona es abunda para nuestra defensa en caso necesario (torció á decir el primero).

En estas y otras pláticas pasaron algunos minutos. Don Lope en tanto las escuchaba, y no se atrevia á salir del sitio en que se hallaba cuidadoso de saber el objeto de aquella junta en tal sitio y á tales horas. Lo embosado de las razones de aquellos hombres le habían dado á entender de que se trataba de la ejecución de alguna maldad, y ya deseaba ver el fin de esta aventura, cuando se apareció un quintero personaje armado de todas armas y montado en un potro ligero.

— Ya estoy aquí (dijo el recién venido, y echó pie á tierra).

— Pues aquí estamos tambien todos (añadió uno de los otros) dispuestos á servir y á ejecutar la empresa con toda decisión, siempre que se nos cumplan todas las promesas del concierto que hicimos.

— Todas serán cumplidas (replicó el caballero); aquí tenéis primeramente cuatro bolsas con el oro ofrecido; esto es solo la mitad del precio con que pago vuestro favor y ayuda; terminada la batalla que nos ha juntado en este sitio, seréis pagados con igual cantidad, y aun quizá mayor, si un feliz suceso, como creo, corona nuestros intentos. Ahora seguidme y os daré mis instrucciones.

— De eso hay algo que baldar todavía, caballero, (dijo uno de los hombres de armas). Vos nos ofrecisteis el dinero, mas tambien dijisteis que el oro vendria á hablarnos y á autorizar con su presencia la obligación que hacemos de servirlo hasta la muerte. Y yo, á la verdad, recelo de que si no haya querido arriesgar su persona en un asunto en que puede costarle la cabeza.

— Los escrúpulos vuestros serán en parte desvanecidos (respondió el recién llegado). Bien sabéis que soy su primo, y aunque por justas causas hasta ahora he estado con el desavendo, el deseo de vengar reiterados agravios, nos ha puesto en el caso de deponer antiguos odios para reconciliarnos por el interés de nuestra sangre. Mi primo en este instante se halla postrado en el lecho y afligido con una enfermedad aguda; y aunque en la mañana de hoy necesariamente ha de levantarse, he remitido esa operacion para entonces, por juzgarla innecesaria ahora. Yo traigo sus poderes, y los cuatro documentos en que él se declara cómplice de vosotros, seguridad que habeis exigido para ejecutar el golpe que deseamos, y pergaminos que no ha dudado mi primo en sellar con el sello de sus armas, para acreditar la obligación que tiene con vosotros, y la confianza en el buen suceso de la empresa.

Al decir esto el indigno caballero cogió de la silla de su caballo cuatro guardapapeles de hierro perfectamente cerrados.

— Aquí los tenéis, añadió volviéndose á sus oyentes: el documento escrito en pergamino y sellado por mi primo, en que se declara autor de esta conjuración, se encuentra encerrado en estos guardapapeles. Podréis abrirlos por medio de un secreto resorte que os daré á conocer.

No bien pronunció estas razones, abrió prestamente uno de los alforjes, y sacó un pergamino del cual pendía un sello de plomo.

—Aquí veis el documento ofrecido: aquí sus armas en este sello: aquí la obligación de ampararos en caso adverso: aquí la orden de acometer la empresa. Quien dude de vosotros, fiase del que sepa leer y en estas líneas hallará la sinceridad de mis palabras.

Dijo, y mostró el pergamino á uno de ellos: el cual á la luz de la luna pudo dar lectura en baja voz á las razones que se contenían en aquel documento.

Don Lope procuró escuchar al que leía, pero su trabajo fué inútil; la confusa manera de leer y lo bajo de su voz pusieron estorbos al deseo del caballero.

—Estamos satisfechos (dijo uno). Siendo tal persona el principal de la empresa, nada aventuramos.

—Y aunque aventurásemos algo (continuó otro), no nos parece mal perdernos con un gualda de sangre tan ilustre y generosa.

—Bien veis que he pronunciado el secreto (esclamó el que aparecía como cabeza de todos). Los documentos están encerrados en parte donde solo el que sabe el secreto del resorte puede sacarlos. Esta precaución tomé para no malograr nuestra bien coordinada propósita en el caso de que un indiscreto descuido hiciera perder á alguno de vosotros un pergamino tan importante. Pero ya la luna se vá ocultando, indicio claro de que la venida del alba se aproxima. No perdamos tiempo. El rey debe llegar hoy al castillo con solo dos de sus monteros: á poco de estar en él, tomará el camino de la sierra para coger un venado. Viene disfrazado, y sin recelar que el fin de su vida y de sus tiranías se acerca por instantes. Nosotros debemos escondernos en un paraje intrincado de la sierra por donde suele Alfonso pasar en sus escursiones. Lo solitario y frágil del sitio y los pocos que le acompañan aseguran un dichoso fin al suceso. Yo confío aun mas que en estas cosas en el valor de vuestros corazones y en la fidelidad que hasta ahora habeis mostrado. Con buena resolución y con poco riesgo de las personas, el tirano Alfonso de Castilla debe caer á los filos de nuestros aceros.

Esto dijo y montó á caballo, los demás lo siguieron, y á poco rato se perdió en el silencio de aquella soledad el ruido de sus pisadas.

Don Lope salió entonces de su retiro. Mil confusos pensamientos batallaban en su alma. El asombro que la noticia del proyectado rescate le causaba, no era menor que las ambiciones que reanaban en su corazón al verse dueño de un secreto de tal valor y rareza. En medio de tantas dudas y encontrados afectos como se despertaron en su mente, esclamó:

—Ah fortuna inconstante, cuán bien te conoce Blanca. No cansada de despreciarme mientras sollicitaba tus favores, vienes á turbar mi sosiego cuando comenzaba á despreciarte. Pues bien; no creas que desolé tu voz mas engañosa que el cantar de las sirenas. Difícilmente podrás ahora desolir mis quejas, y destruir uno á uno los pasos que dé con deseo de alcanzar las venturas que ambicioné. O intentas hurtarle nuevamente de mis pretensiones, ó estás dispuesta á favorecer mis intentos. Si me ofreces con sinceridad tu ayuda, doy por bien empleados tus antiguos desprecios, y seré siervo tuyo hasta la muerte; si te has propuesto al contrario presentarme solo un rayo de esperanza para revivir mis abatidos pensamientos y atormentarlos luego con desengaños, tu astucia será vana, pues incautamente me has dado una prenda en este secreto con la cual podré subir á las mayores venturas, ó despecho tuyo.

Al terminar estas razones, dirigió sus pasos á ocultarse en lo más espeso de la pradera, en tanto que el primer rayo del alba comenzaba á asomar por cima de las empinadas sierras.

II.

Apenas había el sol descubierto su rubia cabellera en el horizonte, dejó don Juan Ponce de Cabrera el castillo que le servía de morada, y bajó á la pradera solo para esperar la venida del rey don Alfonso XI de Castilla y de León.

Era don Juan como de 42 años; alto, enjuto de carnes, de cabello negro, y de luenga barba, de grandes ojos y de apacible mirar, de bizarro ademán y de gallarda presencia. Sin mas pariente que una hija, á quien amaba aun mas que á su propia vida, pasaba tranquilo los días en la fortaleza que heredó de sus mayores, lejos del trato de la corte y sus engaños, y satisfecho con los bienes de fortuna que le dejó su padre en la hora de la muerte.

Muchos años había vivido en su retraimiento sin que la mas pequeña sombra de tristeza hubiese turbado el cielo de su ventura, cuando una tarde llegó á las puertas de su fortaleza un joven mal herido que pedía albergue y socorro. Desolado de favorecer al menesteroso, no dudó don Juan de dar franca hospitalidad al mancebo. Aposentólo en su mismo cuarto, recostóle en su mismo lecho, y en compañía de la hermosa Blanca, atendió á restañar la sangre que cortaba de

la herida. A las seis horas de haber prestado semejantes auxilios al daniel, llegaron al castillo dos caballeros preguntando por su persona. Recibiólos don Juan y los llevó á la presencia de su huésped, delante del cual hincaron las rodillas los recién venidos, haciendo además de besar las manos y dándole tratamiento de alteza. Al punto supo Cabrera que el herido era don Alfonso, y que los que acababan de pisar los umbrales de su castillo pertenecían á la casa real, y acostumbraban á servir de compañía al monarca castellano en la caza, por las sierras de Córdoba. Uno y otro habian perdido de vista al rey, y lo habian buscado luego inútilmente por aquellas asperezas, en tanto que el mancebo recibía una herida en la pierna defendiéndose de un javali, que al cabo pagó con la vida su atrevimiento.

Desde aquel día quedó el rey don Alfonso muy agradecido á don Juan Ponce de Cabrera, y siempre que salía ocultamente de su corte para recrearse en la caza, avisaba á su amigo (pues por tal lo tenia), para que á las puertas del castillo lo esperase con recato, y para departir con él sobre los negocios de estado. Don Juan odiaba estos favores al mismo tiempo que los agradecía; y mil veces hubiera querido alejarlos de sí; pero el respeto al monarca le obligaba á proseguir en una senda para otros cubierta de lozanas y regaladas flores, y llena para él de alertos precipicios y de invencibles muletas.

Pasaba Ponce de Cabrera delante de su castillo, aguardando al rey por momentos, y temeroso como siempre de que Alfonso triunfase de su modestia, y lo hiciese abandonar aquellos lugares para seguir el estruendo de la corte; cuando vió venir por la pradera á un caballero, cuyas facciones no le eran desconocidas.

—Don Lope, amigo mio, ó mejor dicho mi hijo, pues mi hijo habeis de ser, siempre mis brazos están abiertos para vos.

Y al decir estas palabras estrechó afectuosamente contra su seno á don Lope de Herrera. Y proseguió sus razones.

—Pues ya habeis tomado á estos lugares, juro á Dios que saldréis de ellos en demanda de dignidades y riquezas. Si tenéis unas y otras, deponedlas en esta soledad al lado de una muger que os idolatra y que debe ser vuestra esposa.

—Don Juan, amigo, (esclamó don Lope) mal juzgáis de mis intenciones si las creéis solo encaminadas por una ambición infame. Yo aprecio mucho la tranquilidad de vuestra vida; pero si vos desde la infancia hubierais sido desdichado, en algo mas buscariais la ventura que en la contemplación de los prados y en el reposo de estas vastas soledades. Vos habeis tenido honras, si no conformes, al menos semejantes en algo á lo que debian esperar vuestros merecimientos: harto de ellas, las habeis despreciado, resoluios que apruebo, y que imitaria, á ser don Juan Ponce de Cabrera. Pero yo á quien la envidia le menta, y la adversa suerte han perseguido constantemente desde la cuna, no que los méritos, sin que el valor, sin que la virtud, sin que la antigua nobleza de mis padres, y sin que sus servicios y los mior hayan recibido premio, lo anhelo y lo busco sin descanso, no por lo que valga ante la estimación del mundo, sino porque debo recibirlo.

—¿Y pensais acaso forzar á la fortuna á que os entregue esos dones, cuando mas os empeña en esconderlos á vuestra vista? (preguntó don Juan). Cuando mas os empeñéis en la empresa, mas os despreciará la fortuna, y en vez de convertirla en vuestra esclava, ella os convertirá en su juguete, y luego en despojo de sus rencores. Miraos en mi ejemplo: tomé la prospera fortuna, procuré huir á esta soledad para ocultarme de sus ojos; pero hasta aquí me persegué. No las dignidades, no los tesoros apetecí, sino un estado mediano y un sosiego del alma. En este sitio gozaba, y aun gozo algo de lo que siento, apetece mi deseo; y en medio de todo, estoy luchando contra los favores de la fortuna para no apartarme de los objetos de mi amor, de mi felicidad y de mi reposo.

—Ya veis que en nosotros la fortuna ejerce sus maldades, dijo don Lope: os favorece para inquietaros y me desprecia para atormentarme. No sé si seremos vencidos ó vencedores en la lucha que emprendimos: vos en resistir sus dones, y yo en procurarlos; pero la victoria al cabo ha de coronar mis esfuerzos por lo menos; pues tengo ya las armas para subir á la cumbre de la rueda de la fortuna. Quizá desde ella caeré luego despeñado; pero el título de vencedor jamás se apartará de mi nombre.

—Loco sin duda estais (replicó Cabrera): y en verdad que sois el primero que intenta escalar el trono de la prosperidad por medio de la violencia y á despecho de la suerte. Mas os engañais, según imagino: si conseguís el favor de ella en vuestra osadía, seréis señor de los objetos de vuestras ambiciones, pero no por vuestra sagacidad, sino por el deseo de la que creéis vencida, cuando quizá por hurtarse de vos se deja vencer, consiguiendo mayor victoria en engañaros. Tal vez causais á vuestra perdición: huid del riesgo que ella os prepara, y triunfad de vos mismo.

—¿Y vos arazo menos loco que yo? (continuó D. Lope). ¿Pensais vos que tanto enalteren el poder de la fortuna, vencerá osada

me lo pintáis como invencible! Ella se obstina con ciega pertinacia en darme las dignidades que entregaba al desprecio: pues bien, si nada consigo de vos, es poder así sujetar al raciocinio de los mortales que saben recoger sus favores y también desojarlos. Y ya que vos tanto imperio alcanzáis sobre la suerte que os persigue para bien, yo espero con las mismas armas del ingenio librarme de los males que me acosan. Hoy el rey ha de venir á veros, antes de esconderse entre las sierras para fatigarse con el ejercicio de la caza. Quiero que me presentéis á S. A.

—Don Lope, ¿cuando venís, (dijo Cabrera) mas pues lo queréis, cumplase vuestra voluntad: amigos somos siempre: y mi hija está destinada para vos, ya poseáis las dignidades que queréis, ya os agobie la pobreza. Y en prenda de una fiel amistad, tomad mi espada y dadme la vuestra. Donde quiera que estuviérais, ella os recordará mis consejos para que os separes de los peligros á que tiraste la ambición, y vuestra espada me servirá de memoria del arrojo con que perseguís á la fortuna, que os mallaba para yo huir de sus favores.

—Acepto vuestra espada en señal de perpétua amistad, y confirmará esta nuestros brazos.

Dijo D. Lope y entregó su espada á Cabrera, en tanto que este dió á Lope la suya, y con ella los brazos, no sin derramar lágrimas hijas de un puro afecto.

En esto dos clarines desde el castillo anunciaron que se acercaba gente al castillo.

—El rey llega, Lope: refílcate un poco, y confía en mí que le haré presentes tu persona, tus servicios y mis deseos de que subas á las dignidades que mereces.

—Tú eres aun mas que amigo mi padre, respondió D. Lope á las anteriores razones de Cabrera, y se apartó de la plaza de los álamos, sin perder de vista á D. Juan.

Llegó D. Alfonso, sin ropas ni atavíos reales sobre un caballo blanco, y sin mas armas que una ballesta y un venabolo. Seguíale en sendos potros dos monteros de su casa. Ponce de Cabrera se acercó al rey en ademán de quitarse el birrete; pero Alfonso le hizo señas para que no descubriese con una indiscreta señal la persona que lo visitaba.

—Aquí no soy D. Alfonso El, sino D. Alfonso de Castilla, (dijo el monarca, apeándose de su caballo, cuyas riendas entregó á uno de los monteros), un caballero no ese nombre amigo de D. Juan Ponce de Cabrera, y aficionado á perseguir alimaña en las sierras de Córdoba.

—Señor (exclamó D. Juan), V. A. me honra de tal suerte que ya la vanidad hubiera entrado en mi pecho, si no conociese que estas acciones de V. A. son efectos de la bondad de su corazón con que me favorece, y no premios de merecimientos que jamás he tenido.

—Siempre sigues en esta soledad entregado á tus filosofías (prosiguió Alfonso). Tiempo es ya de que la dejes, para emplear tu buen entendimiento en servicio del rey de Castilla. En mi corte te propondré el mejor puesto al lado de mi persona. ¿Qué mas puedes apetecer tu ambición?

—No tengo ambición de dignidades, sino de sosiego (dijo Cabrera). Mi mayor deseo sería ocuparme en servir á V. A., pero no en los palacios, donde la tierra es insegura para los que se ven lisonjeados del favor de la suerte, sino en los campos de batalla y en la guerra con el moro. Si para esto V. A. necesita de mi brazo y de mi vida, mi vida y mi brazo están á la disposición de mi rey y señor, á quien tanto amo y venero.

—También puedes servirlo en la corte con tus consejos (dijo Don Alfonso): diestro eres y experimentado en la política: necesario no de tu vida y de tu brazo, sino de tu discreción y de tu sabiduría.

—Mil hombres hay en vuestra corte (replicó el caballero) que podrían desempeñar ese cargo con mas méritos que yo. Para subir á la dignidad de privado de V. A., ¿quién son mis títulos, cuáles los servicios que he prestado á V. A.? Cuando os haga alguno digno de tomarme premio, entonces no dudaré en solo instante en ser consejero de V. A., sin tener á la cavilla y á los defensores que me corren en palacio.

Don Alfonso escuchó estas razones con algún asombro, viendo la resistencia de su vasallo á recibir favores de reyes; quedó suspenso un rato dudando si era hijo del orgullo ó de la modestia. Al cabo se dirigió otra vez á D. Juan, diciéndole con semblante algo alterado y con muestras de un acido pasapero.

—Me ofrece aceptar mi voluntario, luego que me hayas hecho algun gran servicio, del cual pende la salvación de mi corona, la seguridad de mi estado, ó el reposo de mis reinos. ¿Pero qué acciones puedes ejecutar en mi servicio sin salir de estas soledades? Por loco ó por impetuoso debería tenerlo, si menos amara tu profesión.

Dijo el rey, y sin esperar libre á entremetarse hacia su caballo, cuando D. Juan le llamó con estas razones:

—Yo daré á V. A. un consejero de mas valía que éste ó quien tanto pretendáis favorecer sin mérito alguno.

Y al propio tiempo hizo una seña para advertir á Lope que era ya ocasión de acercarse.

Pero Alfonso no se detuvo y comenzó á montar, cuando los dos amigos estaban cerca de sí.

—Señor y rey mio (dijo D. Juan), D. Lope de Herrera, de ilustre linaje, de gran valor, y de no menores servicios prestados á la corona de V. A., llega á vuestra presencia. Yerno mio ya á ser, y pues tales merecimientos tiene, V. A. que tan justiciero es, no podrá menos de honrarlos de hoy mas.

Alfonso que estaba ya montado en su caballo, miró con desdén á Don Lope, y respondió á Cabrera:

—En mejor ocasión hablaremos: la caza me llama. Guárdalo bien.

Y picando al caballo, se alejó á buen paso, seguida de los dos monteros.

Don Lope mudó el color del rostro y dió señales del mas triste abatimiento, al ver la indiferencia del rey hacia su persona.

Cabrera se dirigió á su amigo, le tomó la mano, y le dijo:

—Ya lo veis: el desengaño de la fortuna lo tenemos presente. Sigue ofreciéndonos los dones que desprecio, y no desiste de negarnoslos, á pesar de vuestros esfuerzos. El mejor remedio de las desdichas se encuentra en olvidar que es uno desdichado. En vano he pretendido cubrirlos con el manto de mi ventura; vuestra mala suerte lo ha arrebatado con furor de vuestros hombros, y os ha descubierto á los golpes de la infelicidad, contra quien luchais inútilmente. Ya veis, querido mio, que contra la fortuna no sirve la violencia.

Don Lope al escuchar estas palabras alzó los ojos al cielo, y pareció como que recuperaba los antiguos bríos.

—Os engañais (dijo á Cabrera) si me tenéis por vencido. Aun tengo un arma poderosa con que sujetar á mis pies á la enemiga fortuna. Pronto veréis cómo vuestros pensamientos quedan deshechos en mis acciones.

Y subiendo prestamente en su caballo, encaminó sus pasos á la misma senda que tomaron el rey Alfonso y los dos monteros.

A poca volvió el rostro al castillo, y vió en una de sus almenas á Blanca que lo miraba tristemente.

Digno ha de ser de ti (dijo á media voz), puedo salvar al rey la vida, y la salvaré, si mi valor no desfallece y á pesar de los rigores de mi fortuna.

Apretó nuevamente las espuelas al caballo, y se entró por la espesura de la sierra.

En tanto D. Juan Ponce tomaba á su castillo tristemente contemplando la temeridad de su amigo.

(Continúa.)

ADOLFO DE CASTRO.



Estadua de la reina Joán Leonor, muger del rey don Juan I de Castilla.—En la capilla de Reyes Nuevos en la catedral de Toledo.

TRAGE SINGULAR.

El famoso Louvois, ministro de Luis XIV, era, cuando joven, algo ligero de casaca, y hallándose en Brest á los diez y ocho años, con muchas deudas y sin dinero, escribió á su padre el marqués de Sourvé pidiéndoselo. No recibiendo respuesta vendió toda su ropa, ménos un frac negro muy usado, y con su importe marchó al castillo de Louvois, donde aquel lo recibió muy mal, en términos que no se atrevió los primeros días á renovar su petición.

Una noche le anunció el marqués que dos días despues debían venir á comer al castillo varias señoras muy distinguidas de las inmediaciones, y le añadió: «Espero que te quitarás ese indecencia trage de camino, y que te vestirás como corresponde.» Louvois se guardó bien de decirle que no tenia otro, pero le indicó que los que habia traído todos eran viejos y que deseaba hacerse uno nuevo, y aprovechó la ocasion para pedirle dinero. La negativa de su padre fué tan terminante que no le dejaba la menor esperanza, y por lo tanto no insistió, y se limitó á decirle que se pondría otro trage.

El cuarto en que dormía estaba colgado con unos tapices muy antiguos que representaban grandes personajes: Louvois descolgó uno

en que figuraban Armida y Reinaldo, hizo que le trajeran al sastrá del pueblo inmediato, y le mandó hacer con él un trage completo: frac, chaleco y calzones, y que se lo llevara dos días despues muy temprano. El sastrá, para que hubiese alguna regularidad en este singular vestido, hizo las mangas del frac con los dos brazos de Armida, puso en la espalda la cabeza de Reinaldo con un magnífico casco, y el resto lo formaron dos cabezitas de amorcillos y fragmentos de escudos.

Louvois se endosó muy satisfecho este equipage, y esperó, no sin alguna impaciencia, en su cuarto y en el mes de julio, la llegada de los convidados. Así que oyó el ruido de los carruages en el patio, salió con ligereza, no obstante la pesadez enorme de su adorno, y se presentó en la entrada de la escalera á dar la mano á las señoras, lo cual hizo con suma seriedad y con la mayor sencillez y naturalidad. Mientras que sorprendidas estas y haciéndole en vano mil preguntas las conducia Louvois con aire de triunfo al salon, llegó el marqués de Sourvé, y al ver adornado á su hijo con los despojos de su cuarto, retrocedió sorprendido pidiéndole con irritado tono la esplicacion de aquella extravagancia.

—Padre, le respondió éste, me habiais mandado poner otro trage, y como no tenia á mi disposicion mas que este género, me he visto precisado á echar mano de él para obedeceros.



(La declaración, cuadro de Poitvin presentado en la esposicion francesa.)

UN COMBATE EN CAMPO CERRADO

en tiempo de Luis el Grande.

EL CONDE HUGO DE CRESSY CONTRA EL CONDE AMAURY DE MONFORT.

Las trompetas hicieron la señal y ambos combatientes se lanzaron uno contra otro con la velocidad del rayo, chocándose sus espadas sobre sus cabezas, y resonando el choque en todo el recinto. Cien golpes fueron dados y devanillos alternativamente con igual agilidad y parados con la misma destreza: el sudor de ambos campeones inundaba sus armaduras; un sombrío silencio los rodeaba, y no era posible prever el éxito de aquella terrible lucha. Monfort entre tanto engañó á su adversario con un falso ataque, y su espada cayó á plomo sobre el casco de Cressy y rompió la cimera: más su dureza hizo resbalar la espada, que lo hizo fuertemente en la oreja. Aumentóse con esto la furia de Cressy y se redobló su vigor, y la espada que lo habia herido saltó hecha astillas por la suya sobre la cabeza del conde de Monfort, que pasó al momento su hacha á su mano derecha y empuñó el puñal con la izquierda. Cualquiera otro que Cressy hubiera tirado su espada para que las armas fueran iguales, mas él habia olvidado que combatía contra el padre de Luciana, y la vista de su propia sangre lo tenia sediento de la de su enemigo. A un tiempo peleaba con la espada y el hacha, mas el diestro Monfort sabia parar to-

dos los golpes, y aprovechando un paso en falso que dió Cressy resbalando sobre un trozo de la espada que habia caído al suelo, le sacudió un golpe tan duro y violento sobre la manopla, que la espada del bárbaro cayó de su entorpecida mano. Desde entonces no fué ya desigual el combate: Monfort estredchaba á su adversario para no darle tiempo ni ocasion de recoger su espada: el peligro mismo redoblabá su viveza, y uno de sus golpes hubiera derribado un hombre á Cressy, si la placa de acero que lo cubría no hubiera sido de tal temple que ni aun fué abollada. No se hizo esperar la respuesta, y si el filo del hacha de Cressy no hubiera dado contra el mango de encima de la de Monfort, hubiera éste sucumbido. Un estremecimiento de terror agitó á los espectadores, y esta muestra de interés reanimó su valor, y el hacha de Cressy recibió tan fuerte golpe de la suya, que cayó al suelo hecha dos pedazos entre ambos combatientes.

Mas este contratiempo no desahinó á Cressy, y antes que su adversario le pudiera acertar otro golpe, se arrojó sobre él enlzándolo con sus nervudos brazos. Entonces fué ya inútil la hacha de Amaury, porque ni podia manejarla ni descargarla sino al acaso sobre la espalda de Cressy. Sujeto como con un toruillo, solo le quedaba un brazo para defenderse, en términos que abandonó su arma y ambos campeones quedaron solo reducidos á los puñales. Fuertemente abrazados uno con otro, cada uno trataba de fatigar á su adversario y derribarlo al suelo: la tensión de sus músculos denotó igual vigor por largo rato; la victoria estuvo indecisa por mucho tiempo; mas el conde de Mon-

fori, con el peso de cincuenta años, luchaba contra un coloso que se hallaba en todo el vigor de la juventud. Cressy lo hizo perder pié, y lo derribó al suelo sin saltarlo, y apoyándole una rodilla sobre el vientro, lo oprimió como un tigre encarnizado sobre su presa, y arrojándole de la mano el puñal con que todavía procuraba Monfort herirle, y poniéndole el suyo en el cuello, comprimiéndola la visera con la mano izquierda:

« ¡Ríndete, le dijo, confiesa que estás vencido. »

« ¡Gracia! ¡gracia! clamaban los espectadores espantados con tan terrible y prolongada lucha. El rey Luis arrojó su cetro á la liza, los jueces del campo se pusieron en pié, y los ecos del clarín transmitieron á Cressy la órden de cesar el combate.

LA VOZ DEL ANCIANO.

Hallándome una tarde en el paseo de cierta capital de Europa, vi venir á lo lejos un elegante tilbury que era tirado por un brioso alazán y dirigido por un jóven elegante, á cuyo lado iba una señorita tan gallardamente prendida y sentada con tanta gracia, que cautivaba á cuantos la miraban: la rápida carrera de este ligero carro de triunfo le hubiera merecido una corona en los brillantes juegos olímpicos. Admirados estaban todos los concurrentes auxiliando la suerte de estos felices mortales, cuando los distrae la ronca y cascada voz de un anciano, pequeño de cuerpo y de una fisonomía muy viva, que gritaba al del tilbury diciéndole: ¡Detente! Esta palabra que fué contestada con una sonrisa de desprecio por el orgulloso conductor, produjo en el concurso un murmullo general de disgusto y desaprobación; mas á pocos instantes vemos que tropezó el carruaje contra un obstáculo imprevisto, cae, se rompe y quedan largo trecho por el suelo el presuntuoso galán y la almirada niña. Avergonzados ambos, se levantan llenos de polvo y les falta tiempo para buscar un coché de alquiler y sustraerse á las miradas indiscretas de una multitud de espectadores que se apresuraban á reconocerlos, con mas malicia que compasión.

Y bien, dijo entonces el anciano, yo lo había previsto, no quisieron oír mi consejo, que escarmenten en hora buena.

La tarde era calurosa, y fatigado yo de andar tomé una de aquellas sillas, que aunque de mala figura, son en los paseos públicos mucho mas cómodas que los durísimos bancos de piedra: me hallaba entre muchas personas divirtiéndome en oírles hablar de la ocurrencia del tilbury y de las mil trivialidades que dan pábulo á la conversacion en estos sitios de recreo. Un jóven de traje elegante, poblados bigotes y acicalada peca, hablaba en defensa de las modas del día con un caballero vestido á lo antiguo, que criticaba con severidad las extravagantes variaciones de los trajes de las señoras, el lujo de los chales de cachemira, que tan costosos suelen ser á los pobres maridos, y el corrompido gusto de los hombres: en un principio era esta conversacion muy festiva; pero poco á poco fué tomando un carácter sumamente serio. Aquel anciano que había gritado á los del tilbury, se hallaba inmediato á nosotros oyendo la conversacion con mucha calma; pero de repente se anima, alza la voz y dice á los contendientes: ¡Deteneos! Ellos no hicieron caso, continuando cada vez con mas calor su disputa, que terminó por una día cuyo resultado sabe Dios cuál sería.

Me retiré del paseo meditando sobre las advertencias lacónicas del imperturbable viejo, y habiendo tomado un refresco en el café, me encaminé al teatro. Al entrar en el patio vi á lo lejos aquel anciano cuyas serenas palabras resonaban todavía en mis oídos: deseoso de observarlo de cerca pasé á sentarme junto á él, complimentándole con mucha cortesía. Se representaba una pieza nueva, en la que el autor, como suele suceder con frecuencia, tenía un partido á su favor y una intriga en contra, y por lo mismo estaba dispuesta una pandilla para elogiar el drama, y otra para vituperarlo; ambas principiaron á poner en juego los aplausos y los desprecios, y ya iba bastante encrespada la contienda, cuando el tertuliano viejo principió á dar fuertes golpes en el entumecido con su bastón, gritando con una voz que atronaba: ¡Deteneos! Lejos de hacerle caso, la discusion literaria se convirtió en una riña de mercado; las injurias sustituyeron á las figuras de retórica, los golpes á las injurias, y no terminó el escándalo hasta que la guardia lo puso fin llevándose arrestados indistintamente á los agresores y á los provocados.

Concluida la comedia entré en una casa de juego para buscar á cierto amigo que presuma estuviere en ella: sorprendido quedé al encontrar en aquella casa de perdición al respetable y severo anciano, á quien había perdido de vista á la salida del teatro, lo que me estimuló á detenerme, poniéndome desde luego á observar los pálidos semblantes de aquellos cortesanos de la fortuna, las alternadas con-

mociones de alegría y de pesar, de orgullo y de abatimiento, de satisfacción y de desprecio con que estos esclavos de la avaricia son agitados por los caprichosos decretos de aquella voluble diosa: pero lo que mas me llamó la atención fué un jugador elegante, frívolo y altanero, á quien favorecía tanto la suerte, que cuantas jugadas hacía otras tantas acertaba. Los banqueros perdían ya la paciencia, contra su natural impasibilidad, al verso obligados á monedear el pago de las repetidas ganancias, acostumbrados como ellos estaban no á dar sino á recibir: ya tenía el engraido favorito de la fortuna un monte de oro delante de sí, y todos los circunstantes guardaban un profundo silencio, cuando el sentencioso anciano acercándose á él y dándole un golpecito en el hombro le dijo en voz baja: ¡Detente! El atolondrado ganancioso le responde con una burlesca carcajada de risa, y desobediendo las puestas empeña mas que nunca el juego: á pocos instantes se leda la suerte, reveses suceden á reveses, la montaña de oro se aplana, en fin, el tesoro desaparece.

Pálido y desconcertado, saca el jugador la bolsa y pierde lo que tiene en ella: pide prestado á sus amigos y sufre la misma suerte: entonces se oye una terrible voz que le dirige el impaciente viejo diciéndole: ¡Detente! pero el ingrato jóven se encoleriza, le injuria, le amenaza, y dando gritos de desesperacion deja aquella infernal guardia vociferando que iba á poner término á sus desgracias. El anciano lo siguió precipitadamente, yo corro tambien en pos de él, lo llamo y no hace caso; baja la escalera y encuentra al pié de ella una mujer llorosa que trata de detenerlo; quiere apartarla de sí, mas ella se echa á sus piés, le presenta una bolsa y mas joyas y en vano trata de sujetarlo: en fin, con el acento mas tierno prorrumpe en estas palabras: ¡Detente en nombre del amor y de tus hijos! El hombre queda petrificado, derrama después lágrimas, le estrecha entre sus brazos y se va con ella. Ya se ha salvado, exclamó el anciano; este detente habló á su corazón; el mio hablaba solamente á su juicio.

Conmovido yo á la vista de una escena tan tierna, y habiendo quedado solo con el viejo, le pregunté lleno de curiosidad: ¿Quién sois, hombre singular? He oído predicadores elocuentes sin abandonar el corazón; he leído las obras de los primeros filósofos, y aunque han asediado mi alma no han satisfecho mi curiosidad; por el contrario han oscurecido mi espíritu en vez de ilustrarlo, pues al paso que me sacaban de algunos errores me sumergían en muchas dudas: vos no pronunciais mas que una sola palabra, y sin embargo adquirís cierto dominio sobre mí, me inspiráis confianza y me imponéis respeto. Amigo mio, me contestó el anciano, he vivido mucho y he errado mucho: estudié todos los sistemas filosóficos, todos los edictos, todas las doctrinas; de poco me sirvieron estos conocimientos, pues una larga meditación y una tardía experiencia han reducido toda mi filosofía á este solo precepto: ¡Detente!

Si todos supieran detenerse serian muy poco dominados por las pasiones; por no saber detenerse, el valor se convierte en temeridad, la libertad en licencia, la severidad en urtada, la bondad en debilidad, la generosidad en profusion, el amor en celos, la devocion en fanatismo, la sumision en bajez, el elogio en adulacion y la censura en sátira. ¡Cuántos monarcas del Oriente por no querer que su voluntad fuese detenida por las leyes, han sido esclavos de sus esclavos, ó asesinados por sus mismos súbditos! No sabiendo los griegos detenerse en su apasionado amor á la libertad y en sus ardientes deseos de dominar, se dividieron é hicieron intervenir al extranjero en sus desavenencias cayendo en la esclavitud.

En nuestros tiempos modernos ¿qué de necesidades y de crímenes no han sido cometidos por no saber ó no querer detenerse! Hasta las virtudes llevadas al extremo se convierten en vicios: por esto la mejor leccion que puede darse al hombre para mejorar sus costumbres y asegurarle su bienestar, consiste en esta sola palabra: ¡Detente!

I. P.

LA ULTIMA HORA.

(Este juguete ha sido escrito para ponerlo en música.)

L.

Distante de tu lado,
¡Ay! madre, madre mia;
y torno en mi agonía
los ojos hácia tí:
pues aunque nos separen
el mar, la tierra, el viento,
fijo tu pensamiento
tendrás tú siempre en mí.

II.

¡Ay madre, madre amada!
¡Cual las tempranas horas

recuerdo encantadoras
de mi infantil edad!
Entonces tú velabas
mi sueño tiernamente,
sintiendo yo en mi frente
tu beso maternal!

III.

Y ¿cómo pude ingrato
tan pronto abandonarte?
¿Cómo pude pagarte
tu amor con esquivéz?
¡Ah, sí! ¡Memoria infausta!
¡Con lengua mentirosa
una muger hermosa
jurábame su fé!

IV.

Y creyéndola ¡oh misero!
por ella muero ahora;
¡mientras la infiel adora
á aquel que me mató!
Adios... que ya se mueve
con pena el labio mio...
yo un ósculo te envío...
madre del alma... adios!...

RAMÓN DE NAVARRETE.

LOS LUSIADAS.

(Traducción.)

CANTO II.

XXXIV.

Con los bellos colores del camino
Tan hermosa y tan dulce se mostraba,
Que el aire y el cielo del confin vecino
Y todo el firmamento enamoraba:
Los ojos, fuente de un amor divino,
Un tan ardiente rayo iluminaba,
Que los polos helados encendía
Y la zona glacial de fuego hacia.

XXXV.

Y por mas encantar al soberano
De quien siempre querida Dione fuera,
Se le presenta, así como al Troyano
En el ideo confin se apareciera;
Si la viese el mortal que el cuerpo humano
Perdió viendo á Diana placentera,
Nunca los fieros galgos le mataran,
Que antes los deseos le acabaran.

XXXVI.

Las rubias trenzas de oro se esparcian
Por su cuello en la nieve cincelado;
Los pechos al andar se estremecian,
Y amor jugaba allí sin ser notado;
Del blanco seno llamas le sahan,
Do abrasa el corazón el dios alado;
Por las tersas columnas le trepaban
Deseos que cual yedra se enlazaban.

XXXVII.

Trasparente cendal las partes cubo
del virgineo pudor justo reparo,
Mas ni todo lo esconde ni descubre
El velo de los lirios poco avaro;
Por avivar la llama el velo encubre
Hermosas prendas de tesoro raro,
Ya arden los dioses de los altos cielos,
Marte en amores y Vulcano en celos.

XXXVIII.

Y mostrando en el cálico semblante
Sonrisa de tristeza acompañada,
Como dama que fué de ingrato amante
En lances amorosos mal tratada,
Que se queja y se ríe en un instante,
Y es feliz á la vez y desgraciada;
Así la Diosa á quien ninguna iguala
Llorosa y triste su dolor exhala.

XXXIX.

Y así comienza: «¡oh padre poderoso,
Siempre al pesar que devorara impío
Mi triste pecho, te encontré amoroso
Aunque pesara á algun contrario mio;
Mas pues ora te miro rencoroso
Sin que merezca tu cruel desvío,
Cúmplase lo que Baco determina
Y la afrenta que el hado me destina.

XL.

«Este pueblo infeliz por quien derrazo
Llanto que en balde derramado veo,
Sobrado mal le quiero pues le amo,
Siendo contrario tú de mi deseo;
Por él á ti rogando lloro y clamo
Y contra mi ventura en fin peleo,
Y pues mi amor le causa tal desdicha,
Quiero quererle mal para su dicha.

XLI.

«Muera á las manos de esas fieras jentes,
Parezca en fin...» y triste y afanosa,
Su rostro baña en lágrimas ardientes
Como baña la lluvia fresca rosa;
Callada se detiene entre los dientes
La voz sentida, tierna y dolorosa;
Quiere seguir, mas yendo hácia adelante
Le suspende la voz el gran Tonante.

XLII.

Y de estas dulces muestras conmovido
Que movieran de un tigre el pecho duro,
Torna Júpiter sacro enternecido,
Sereno el aire, y claro el mar oscuro;
Las lágrimas le enjuga, y encendido
Le besa el rostro celestial y puro;
Y si solo con ella se encontrara
Acaso otro Cupido se engendrara.

XLIII.

Estrecha contra el suyo el rostro hermoso
A que la pena añade nuevo encanto,
Cual niño castigado, que lloroso
Aumenta mas con la caricia el llanto;
Y le descubre el porvenir dichoso
Por templar su dolor y su quebranto;
Así tierno le dice el rey del cielo,
De los hados rasgando el denso velo:

XLIV.

«Hija mia, tu pena echa en olvido,
Que será libre el fuerte Lusitano;
Nada á mi corazón es mas querido
Que ese rostro de cielo soberano;
Ya verás el renombre oscurecido
Del sabio Griego é ínclito Romano,
Por los triunfos heróicos que esta gente
Ha de alcanzar en el estenso Oriente.

XLV.

«Que si el profundo Ulises escapara
De ser en la isla Ogigia eterno esclavo,
Y si Antenora la Iliada penetrara
Y el seno de la fuente de Timavo;
Y si el piadoso Eneas navegara
De Scila y de Caribdis el mar bravo;
Estos mayores cosas emprendiendo
Írán mundos al mundo descubriendo.

XLVI.

«Fortalezas, ciudades, altos muros
Por ellos has de ver edificados,
Y los Turcos intrépidos y duros
Por su poder verás desbaratados;
Los Reyes indios libres y seguros,
Al portugués monarca subyugados,
Y haciéndose los tuyos sus señores,
A esas tierras darán leyes mejores.

XLVII.

«Verás al que abatido y afanoso
El Indo con ardor va procurando,
Hacer tiemble Neptuno poderoso
Siu los vientos las aguas encrespando;
¡Oh prodigio admirable y portentoso,

Que hierva el ancho mar en calma estando!
¡Oh gente albría y de altos pensamientos,
Que hasta hace comover los elementos!

XLVIII.

«Y esa región que descubrir ansía
La verás hecha un puerto prepotente,
Donde descausen de su larga vía
Las mares que naveguen de Occidente;
Y todas esas costas que en el día
Gimen esclavas de la impia gente,
Llenándose de horror, de espanto y luto,
Al Lusitano pagarán tributo.

XLIX.

«Y verás el mar Rojo tan famoso
Amarillo tornarse amedrentado,
Verás de Ormuz el reino poderoso
Por dos veces vencido y conquistado:
Allí se verá el Moro rencoroso
De sus propias saetas traespasado;
Que el que á los luyos combatir desea,
Contra sí mismo en su furor pelea.

L.

«Verás á Dio insospugnable y fuerte
Tras dos cercos vencida y conquistada;
Allí se mostrará el valor, la suerte
Que dejará esta hazaña eternizada;
El Moro allí luchando con la muerte
Maldecirá su religion amada:
Y el propio Marte se verá envidioso
Del Portugués valiente y belicoso.

LI.

«Verás á Goa arrebataada al Moro,
Del Oriente despues reina y señora,
Y tornarse en riquísimo tesoro
Con triunfos de la hueste vencedora;
Allí de los Gentiles en desdoro
Mostrarse la verás dominadora,
Poniendo freno á la ominosa tierra
Que le moviese osada cruda guerra.

LII.

«Verás de Cananor la fortaleza
Sustentarse sin medios y sin gente,
Y convertirse en humo la riqueza
De Calcuta, ciudad tan floreciente;
Se admirará en Cochim la atroz bravura
De un corazon tan duro y tan valiente,
Que citara jamás cantó victoria
Que así merezca de renombre y gloria.

LIII.

«Nunca con Marte fuerte y belicoso
Se vió hervir á Leucate, cuando Augusto
En las civiles guerras animoso
Al capitán venció romano injusto
Que del Indio conñó, y del famoso
Nilo, y del Bactra Scitico y adusto;
Venía vencedor con presa honrosa,
Mas preso en el amor de egipcia hermosa;

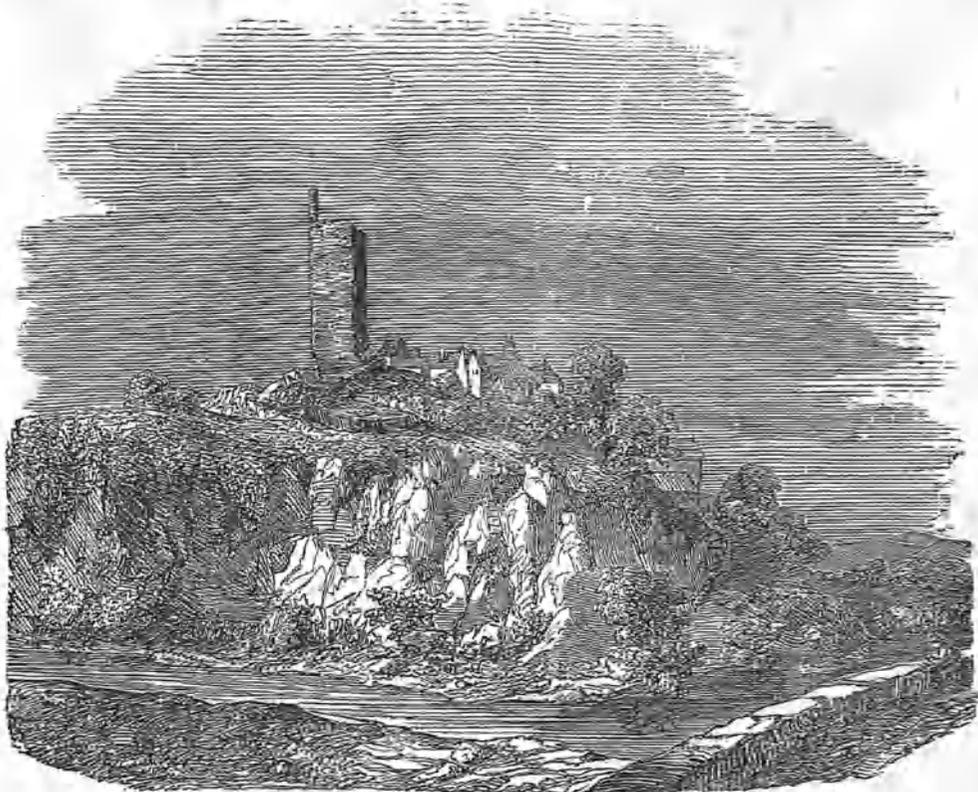
LIV.

«Como verás el mar hervir al peso
Del incendio y volcan de la refríega,
Al Idólatra esclavo, al Moro preso
Y de ciudades mil la pronta entrega;
Y sujetarse el áureo Quersoneso,
Y el mar por dó á la China se navega,
Declarándose en fin todo obediente
De cuanto abraza el anchuroso Oriente.

LV.

«Y tal es el valor, hija adorada,
Que se admire en su esfuerzo sobrehumano,
Que no se verá gente mas preciada
Del ancho mar de Oriente al Gaditano;
Y ni en la zona boreal dorada
Que descubrió el osado Lusitano,
Aunque por todo el orbe avergonzados
Resucitasen todos los pasados.»

.....
EULIO BRANQ.



(La Atalaya.)